

EL BUEN DESEO,

SEMANARIO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO,
INSTRUCCION PUBLICA Y LITERATURA.



ESTE PERIÓDICO SALE LOS MIÉRCOLES
DE CADA SEMANA.

Precio de suscripcion.

En Guadalajara.. 4 reales al mes
En la provincia.. 4 $\frac{1}{2}$ franco de porte.
Fuera de ella... 5 Idem.

ECONOMIA RURAL.

DE LA SIEMBRA.

Ahora que la estación es oportuna, pues va á entrar el otoño, será bien decir algo sobre el preparar la tierra y el sembrar los granos. Y lo vamos á hacer con lisura y concisión, sin ojarasca, y á la española, llamando al pan pan, y al vino vino.

No se crea por eso que estaremos escasos de noticias ó de doctrina: procuraremos decir mucho en pocas palabras. Una página bien aprovechada vale más que un pliego de desperdicio: así como una huebra perfectamente cultivada, de mayor rendimiento que tres y cuatro á la ligera: mas de nuestro desempeño los lectores han de juzgar; de nuestras intenciones Dios, que las ve bien puras y bien patrióticas.

Imposible es prescribir á cada labrador lo que ciegameamente haya de hacer en su campo porque hay tanta diferencia de terreno á terreno, que lo que á uno aprovecha á otro daña. Es la España un abreviado compendio de todos los climas y sus gradaciones desde los frios á los calurosos, sin tocar por fortuna en los hielos circa-polares, ni en los ardores del ecuador. Y aun en un mismo clima ó zona hay tantas causas accidentales para modificar la naturaleza de los terrenos, para hacerlos fértiles ó estériles, secos ó húmedos, frios, calientes, ó templados que los preceptos y consejos de la agricultura no han de entenderse absolutos, sino que necesitan acomodarse á cada situación particular. Así que, por más que nosotros demos reglas para el sembrar, y las variemos segun la calidad y circunstancias de las tierras, nunca podrán pasar de generalidades, que cada labrador acomodará, segun lo que comparando le dictare el buen senti-

do, á las hazas que se hubiese propuesto empanar.

Bién aparejadas suponemos las tierras para la sementera, las rajas dadas á tiempo, el estiércol convenientemente preparado y distribuido en el campo. De cada cosa de esta trataremos estensamente por orden sucesivo en nuestro periódico: ahora las tocaremos ligeramente para llegar al acto del sembrar.

O el campo trabaja todos los años, ó bién descansa de dos años uno, ó de tres dos. En el primer caso de sembrarse todos los años, ó dá dos cosechas altereando las plantas y turnando, que es cuando mayor esquilmo se saca del terreno, ó no dá mas que una cosecha que suele ser de grano. Mucho se ha declamado contra el descanso de las tierras, y con razón; pero en las grandes haciendas y dilatadas labores, sino es de alabarse el cultivo de año y vez, y menos el de tres hojas, admite alguna disculpa. Mejor es indudablemente el continuado trabajo y la rotacion de cosechas; pero esto supone mayor inteligencia, más perfeccionados instrumentos de agricultura, abundancia de estiércol, y de reses que lo produzcan, y prados naturales y artificiales de que se mantengan. Las tierras de regadio nunca es disculpable el dejarlas descansar.

El campo habrá recibido las rejas con oportunidad, cruzadas y dirigidas á esponjar la tierra, y destruir las yerbas. En esta disposicion, y al aproximarse las aguas de octubre, es preciso estercolar. Los estiércoles tienen propiedades algo análogas al alimento de los animales de que proceden. El del ganado de cerva es el más frio, y se aplica á tierras ligeras. El boyal es craso, pesado y fresco: conviene al terreno arenisco y suelto. El caballar y

mulár es caliente y ligero: sirve para suelo duro, arcilloso, apretado y tenaz. El de ovejas, cabras y gallinas es mas caliente; y se emplea en tierras calizas y frias. Con este conocimiento se pondrá en terrenos arcillosos y fuertes el estiércol poco hecho, especilamente si tiene paja larga; en los cálizos algo mas fermentado; y en los ligeros y areniscos bien repodrido. Pero siempre, y por regla general, se ha de enterrar el estiércol inmediatamente después de hechado en el campo: la práctica que observan casi todos nuestros labradóres de tenerlo largo tiempo en montoncitos antes de desparramarlo, es mala; la de dejarlo desparramado y al descubierto, es malísima.

A falta de estiércol se habrán enterrado las yerbas del mismo campo, ó bién se habrán quemado. Es muy frecuente sembrar plantas, para cortarlas luego y hecharlas como abono: las retamas, el tojo y la aliaga, el girasol:... ¿quién sabe cuantas? En Italia se acostumbra sembrar maiz espeso en agosto, para cortarlo y envolverlo á principios de octubre: con las habas se hace lo mismo en la primavera, que también se entierra la planta verde, y las judias, el mijo y otras muchas. Se entierran las plantas verdes, y cuando quieren florecer, para que así fermenten; y abonen bien. El helecho, los musgos y todo follage se hechan secos con el propio fin. Mas nunca se olvide que los mejores estiércoles son los que proceden de sustancias animales ó animalizadas, en especial para los granos. Una observacion nos queda que hacer sobre abonos. Cuando los estiércoles se esparcen enterizos y poco repodridos en tierras fuertes, cultivadas á año y vez, resulta que se deshacen tan lentamente, que poco aprovechan al trigo

allí sembrado, y que en el año siguiente de barbecho es cuando están en disposición de dar beneficio á las yerbas, que naturalmente salen, perdiéndose así malamente una cosecha de grano, fácil de haberse logrado. Y es también de advertir que el campo para trigo no ha de estar estercolado con exceso.

El disponerse á sembrar ha de ser cuando se acerquen las lluvias en fines de setiembre y en todo octubre, y aun más tarde, según el temperamento del país; la regla es al caer la hoja de los árboles. Decían los antiguos que el centeno se ha de sembrar en todo la cebada en polvo, y el trigo en todo. Sin embargo, lo mejor es, que ni esté la tierra muy seca ni muy mojada: después que se arare ha de quedar jugosa, mullida, y desmenuzada, por donde conviene que antes haya llovido algo. El terreno arcilloso necesita estar mojado ó trabajarse en tiempo blando, porque de otro modo lo penetraría con mucha dificultad la reja.

El arar fuera de ese caso la tierra arcillosa, sea en días serenos siempre que se pueda. Y es señal de bonanza el ver los hilos de las arañas por los campos, pues nunca empiezan á hilar sin que esté sentado el tiempo. Cuando se barrunta lluvia, se envuelve la semilla: en llegando el agua de veras se suspende toda labor de siembra, y lo mismo cuando hay nieve.

Al ir á meter la reja en el campo, se habrá llevado y desparramado el estiércol, que quedará con los caballones de los surcos enterrado. Del arado y sus varias clases no hablaremos hoy, porque es punto que requiere él solo uno y aun varios artículos; tanto es lo que se ha discurrido y adelantado en el extranjero con respecto á este primero y más importante instrumento de

la agricultura! El arado comun ó timonero, es el único que se usa en nuestras provincias, más perfeccionados en unas que en otras: ¿cuánto nos falta que andar todavía para ponernos en disposición de sacar todo el partido con que nos brinda la fertilidad de nuestro suelo privilegiado.

Los surcos han de ir más ó menos hondos según sea la calidad y naturaleza de cada terreno. A veces la capa fértil tiene bastante profundidad, y entonces no hay inconveniente en revolverla bien: otras veces es somera esa capa; y debajo hay tierra arenisca, ó bien arcillosa; y en tal caso el ahondar es sacar lo malo á la superficie, y esterilizar el terreno. Pero téngase presente que aun así el daño es pasajero, pues las labores sucesivas, el desmenuzamiento, y los abonos mejoran aquel campo, y á la larga se logra la recompensa. En general la primera reja, ó de alzar, debiera ser la más honda; las de binar y terciar más superficiales: este es el orden más beneficioso, pero también el que más trabajo da en la práctica, y el que rehuyen los labradores.

No es indiferente la dirección de los surcos ó besanas, ni tampoco su longitud y extensión. En tierras frías y llanas la dirección de norte á mediodía es la mejor, pues proporciona la acción del sol sobre las plantas; debiéndose tirar generalmente á guarecerlas de las impresiones de frío y calor que puedan perjudicarles. Los surcos muy largos fatigan al ganado, y aunque adelantan algo más la faena, conviene no darles sino una mediana tirada, que es buena economía, porque descansan los animales, y el ganado hace más igual la labor. Mucho ayuda el que el arado esté en manos que lo sepan manejar.

Cuando hay alguna desigualdad en el terreno, debe empezarse á arar por las hoyadas. En las laderas han de ir los surcos al través, cortando el declive; y en los cerros redondos han de ir suavemente arqueados, y aun en espiral ó culebreando. En ello hay ventaja para facilitar la labor, para aprovechar las aguas, para contener la tierra, y para abrigar las plantas.

Labrada la tierra, se desterrona y desmenuza, ya con la rastra de dientes, ya con la azada; y luego entra el escojer la semilla. Esta ha de ser la mejor que se pueda, de calidad, de peso y de sazón. Nunca darán los labradores bastante importancia á la advertencia que aqui les hacemos. Algunos la van escojiendo en mies de pie, de entre las macollas mas lozanas, y de ellas las espigas del centro en campo no muy cargado de estiércol, y las guardan por separado sin desgranar, y no en silos ni sótanos, sino en graneros altos y ventilados. Asi es como se propagan las buenas castas, y á veces se consiguen variedades aun mas apetecibles.—Cuando son muy estensas las labores, y no consienten tanto esmero, téngase á lo menos el cuidado de separar en la era el grano mas pesado, lo cual se ve al aventar, porque cae derecho y resiste mas al viento. Y es condición que no le haya llovido durante la trilla, ni la avienta.

Las simientes dudosas deben probarse con anticipacion. Al efecto se rocían con agua tibia, y se ponen en paraje abrigado, para ver si germinan bien ó se meten en un trapo ó bayeta húmedas ó en fin se siembran entre basura ó estiércol no muy fuerte. Por el número de granos que brotan, se juzga aproximadamente de la calidad de la simiente, que se trae entre manos. Conviene renovarla de tiempo

en tiempo, y será cuando se advierta que el grano va desmejorando, y no antes. La nueva simiente ha de venir de terreno análogo al que va á ocupar, y en todo caso de temperamento mas frio á mas caliente, y no al revés, porque lo llevaría mal.

Todo preparado para la siembra, bueno el temporal y con esperanzas de lluvias, es acertado poner en agua la simiente veinticuatro horas antes de usarla, para que con mayor prontitud germine y se desarrolle. Si en el agua se echa estiércol ó lejía, tendrá el embrión mas fuerza, y la planta mayores medros, con mas recio tallo y raices. Y si pusiese hollin en el agua, y mucho mejor cal, de modo que forme una lechada clara, morirán los insectillos que tuviesen la simiente, y esta se preservará de los gorriones y otros pájaros que se la comen, si no está bien enterrada en el campo. Por supuesto que los granos de trigo que sobrenaden en el agua, deben quitarse, porque están vanos y no han de producir.

El sembrar es de cuatro maneras, á puño, á golpe, á chorrillo, y con sembradera. Unas veces se siembra sobre los surcos abiertos, y otros despues de allanado el campo con el pasar de la grada, ya de dientes, ya de cota ó con ramas, que lo van igualando.—El poner la simiente á golpe ó manteada, es para las habas, guisantes, y otras legumbres. La sembradera es originaria de España: invencion de nuestro compatriota Lucatelo, fue ensayada en su tiempo en el sitio del Retiro en Madrid con general aplauso; mas no pasó de ahi, sino que enviado un modelo á Inglaterra, sirvió para que alli se modificase de diferentes maneras y tamaños, y que en Polonia y en Francia la adop-

tasen, llegando á un grado considerable de perfeccion. Tiene, sin embargo, como todas las cosas, algunas dificultades á vueltas de sus ventajas; y es preciso que nuestros labradores se decidan á entrar en mas esmerados sistemas de cultivo, si han de avenirse á emplear cualquiera de las muchas variedades de sembraderas que hoy se conocen en el extranjero. A su tiempo las daremos á conocer, porque no desesperamos de ver introducida tarde ó temprano toda clase de mejoras en esta querida y desgraciada patria.

La siembra á chorrillo es recomendable, especialmente en países templados y cálidos, porque el poner un reguero claro en el surco deja desahogo á las plantas, circulacion al aire, espacio para las escardas, y beneficio á la tierra, economizando semilla. Esto se hace á mano: otros con mas esmero usan una botella, cuyo tapon de corcho tiene un taladro con un cañon de pluma por donde cae el grano. En Madrid se propuso años pasados aplicar á la esteva ó mancera del arado una sembradera sencilla, que al abrir el surco fuese haciendo el oficio de la botella; y este pensamiento nos parece acertado y digno de la atencion de los agricultores no vulgares. Verdad es que en algunas de nuestras provincias litorales ya se hace uso de esas sembraderas de un solo reguero, traídas de fuera al pais donde fue su invencion y nacimiento. Finalmente el sembrar á puño es lo mas usado entre nosotros: para ello se requiere mucho tacto y habilidad, pues los resultados son importantes, y se ven en la era. El desparramado del grano ha de ser uniforme en cada terreno, aunque mas espeso en unos que en otros. Al efecto es bueno dividir el campo en fajas ó amelgas, calculando la si-

miente necesaria para cada una y separándola: si el sembrador ha padecido algun error en la primera, lo rectifica y toma el pulso para las sucesivas. Y este el dueño presente, ó dé sus vueltas á menudo, porque como dice el insigne Herrera, padre de la moderna agricultura, no solo española, sino tambien europea, muchas veces donde ha de sembrarse una hane-ga, no ponen los gañanes media, ni acaso un celemín, y luego achacan la pobreza del campo á que se ahogó la simiente, ó que la quemó el hielo, ó que con el grande sol se secó, ó que se lo comieron pájaros.

El trigo trechel ó rubio quiere tierras gruesas, calientes, llanas y despejadas; el aris prieto se huelga en las laderas y parages ventilados; y el blanco ó candeal sufre mejor tierras frias, ligeras, sombrías y húmedas. La cebada se da en tierras medianas, sueltas, y algo secas, no gredosas ó arcillosas ni húmedas. Y el centeno prefiere los terrenos templados, elevados, ligeros y flacos: resiste al frio, pero ha de sembrarse temprano, para que no lo sebrecojan las heladas sin estar algun tanto crecido y fuerte.

En cuanto á la cantidad de simiente, el trigo candeal ha de estar mas raro que el trechel, porque ahija mas, y necesita espaciarse. La opinion general de los labradores es que en las tierras fértiles, recias y bien abonadas, debe echarse mas simiente, que en las endebles y flacas; lo uno para que salga mayor número de plantas, y lo otro para que estas sofoquen á las malas yerbas. En buenos principios deberia hacerse todo lo contrario, pues el suelo de mayor vigor y sustancia cria las plantas con mas pujanza y lozanía, haciéndoles ahijar, encepar y amacollar mas, y tomar mayor extension. Si alli se po-

nen mas plantas de las que caben y pueden vegetar con holgura, se encogen, se sofocan mutuamente, se ahilan por falta de sol y ventilacion, y vienen á dar mucha paja, y poco y mal nutrido grano por todo producto.

Al esplicarnos así digamos tambien que el sembrar claro en tierras jugosas y fértiles tiene su reata, y que algunos labradores se han arrepentido de haber hecho caso de los que se lo aconsejaban, pero es porque no tomaron mas que la mitad del consejo. A nadie se le oculta que el mismo vicio del terreno arroja muchas yerbas; y que alli debe acudirse con el cuidado y el menudear con las escardas, ya á mano, ya con rastros y estirpadores bien llevados; que así únicamente es como se logran buenas cosechas por efecto del esmerado cultivo, y los milagros en agricultura y en todas cosas los hace el trabajo, que no la pereza.

¿Pues qué diremos de lo que en Andalucía se llama sembrar *al pelo*, que no hemos querido mencionarlo entre las otras maneras de siembra? En un terreno completamente erial con sus yerbas y matojos, y sin preparacion alguna, echan á puño la simiente, y luego le dan una reja ó vuelta de arado, con que la entierran. ¿Es esto cultivar? Verdad es que no suelen hacerlo sino cuando les ha sobrado semilla, hay tiempo favorable, y están holgados hombres y ganado; pero aun así ¿qué es lo que se deduce de semejantes costumbres? Que si es un bien el que haya agricultores ricos y con bastantes medios para llevar labores en grande y en pequeño, porque son los que pueden hacer innovaciones y mejoras, que luego redunden en provecho de todos, eso se entiende cuando reunen las qualidades de talento, educacion conveniente, inteligencia en agriculturas con la pose-

sion de las ciencias sus auxiliares, amor al trabajo, verdadera aficion á las faenas rurales, patriotismo, y perseverancia. Los cortijos y las grandes fincas, encomendadas esclusivamente al cuidado de los mayorales y aperadores, nunca rendirán los productos de que son susceptibles, y que aun en secano y tierra caliente están ofreciendo al hombre entendido.

Quede pues sentado que en terreno sustancioso siembre espeso el que no quiera ó no pueda escardar y limpiar el campo á su tiempo: el que tubiere voluntad y medios de hacerlo, siembre claro, y nos dará las gracias.—En toda siembra temprana de otoño, como que el terreno conserva mas calor, y las plantas han de germinar pronto, puede echarse algo menos de simiente que en las tardias, porque casi toda se aprovecha.—Hay ocasiones en que se siembra grano, especialmente de centeno, cebada y avena, para que en alcacer lo pasten ganados, y aun para enterrar las cañas antes de granar, que abonen el campo: entonces está bien y no ofrece disputa el sembrar muy espeso.

Hase de poner húmeda la semilla en tierra porque viene mejor; y así, sea que esté remojada en agua clara, ó en disolucion de hollin, lejía, ó cal, se cuidará de que no haya llegado á enjugarse. Y tambien ha de tenerse presente, que entonces está como hinchado el grano y abulta mas: el sembrador, al advertir que le llena la mano y que corre menos, lo tomará en cuenta para compasar su marcha y acortar las amelgas.

Echada la simiente en el campo, conviene cubrirla, pues necesita oscuridad, abrigo y defensa. Generalmente cuanto mas gruesa es, mayor profundidad requiere, aunque con algu-

na excepcion. Los trigos y demas cereales tienen bastante con 3 á 4 dedos: en tierra arenisca y suelta, pueden ahondar mas que en la arcillosa, la cual siempre es compacta y ofrece dificultades al romper del tallo de la planta y abrirse paso.

Las simientes muy finas, como las de yerbas para prados artificiales se cubren con solo hacer pasar por el pedazo sembrado un hato ó rebaño de ganado lanar: su pisoteo les basta. Para el trigo, cebada, y centeno, cuando está la tierra bien suelta y esponjada, suele pasarse la rastra, la grada, un rodillo, ó un tablon de canto, segun que el labrador observe que por uno ú otro de estos medios consigue mejor el objeto. Si la siembra fue á surco ó chorrillo, el cubrir puede ser en el mismo sentido y direccion; si se sembró á puño ó á voléo, entonces es mejor llevar la rastra, tablon ó lo que sea, en sentido encontrado, y cortando los surcos en ángulo recto. Mas en terrenos arcillosos y algo compactos, el modo de envolver la semilla es dar otra reja al campo, y esta es la práctica mas general en España, y de seguro la mejor, solo que tambien es la mas costosa. Esta ultima labor de la siembra se hace sin embargo con bastante rapidez, lo uno por cojer la tierra mullida y recién labrada, y lo otro porque se lleva el arado liviano y somero.

Creer algunos labradores, ¿y como podríamos dejar de tocar este punto? que el trigo mal cultivado y en ciertos terrenos pobres, se convierte al cabo de uno ó dos años en centeno. No hay que estrañar lo, cuando es facil que lo hayan leído en muy respetables y acreditados autores agrónomos, que en su tiempo lo creian tambien. Pero en realidad es un error: las ciencias na-

turales hacen rápidos y diarios progresos, los hechos se aumentan y clasifican, y las buenas doctrinas se robustecen. La naturaleza es mucho mas grande á nuestros ojos que á los de nuestros antepasados, porque son mas completos nuestros medios de observacion, y acumulamos á sus siglos otro siglo mas fecundo que todos; los que nos sucedan se reirán probablemente de nuestro atraso, porque sabrán mucho mas. En el estado actual de la ciencia, despojada de paradojas y ceñida á la verdad, que es bastante hermosa y sublime por sí misma para necesitar de adornos fabulosos, es un absurdo el imaginar que en el reino vegetal, como en el animal ó mineral, en el orgánico como en el inorgánico pueda jamas un género, ni aun una especie, cambiarse en otra: eso sería contra una sabia economía, y conduciría al caos de la materia. Mas como aun en el fondo de las creencias absurdas suele encontrarse un viso de razon, lo que sucede es que las especies, en las plantas particularmente, se resuelven en variedades y sub-variedades muy diversas, que á la vista no conocedora se presentan sin afinidad ni semejanza. Hay mas: y es que cuando de un género hay especies, ó de una especie variedades sembradas á corta distancia, lleva el viento el polen de unas á otras flores, y las fecunda indistintamente, resultando frutos y granos cruzados bastardeados y defectuosos. Así degeneran las castas; y por otra parte, del mismo modo que una variedad mediana de trigo se abulta y mejora en tierra pingüe y sustanciosa, así se achica por el contrario, se depaupera, y afea en terruño flaco y estéril, y sigue de año en año deteriorándose hasta ponerse desconocido, y hasta desaparecer, que es el no dar semilla. Esta desmejo-

ra del trigo, esta especie de degradacion, esta causa es, ó la del cruzado en la incubacion de las flores, lo que ha dado lugar á la fábula de su conversion en centeno; tan fábula como la de otras transformaciones de plantas mal observadas, y creidas de buena fe; siendo bien cierto que poco tardarán en encontrar el desengaño los que sin prevenciones y con recta intencion y sana conciencia lo buscaren.

Para conclusion de este artículo de la siembra, nos resta decir que toda mejora exige aplicacion y cuidado, y que no es fácil que la emprenda quien no tenga fundada esperanza é ilustrada conviccion. Mas es, el que á ciegas se arrojase en ese camino, fundado sería el temor de que se perdiese. Es preciso saber comparar, empezar ensayando, é ir poco á poco venciendo obstáculos, hasta adquirir posesion de las buenas prácticas, usadas por otros en distintos países, y aconsejadas por la razon. El que no compara ¿cómo entrará en innovaciones? El que no hace cuentas minuciosas y exactas, el que no se contenta con el poco mas ó menos, ¿cómo conocerá lo malo, lo medianó y lo bueno?

El escudarse con sus cultivos en grande escala, para desechar toda idea de progreso, es quedarse atras, y pronunciar su propia condena. Cuando no hay arte que no se perfeccione, cuando la agricultura bien entendida enriquece á otras naciones de suelo menos fértil, cuando aun entre nosotros hay quien se aplica y adelanta, ¡tristes de los que se duermen en la confianza de sus estensas posesiones, y no tratan de adelantarlas! De lo grande y de lo pequeño saca partido el agricultor industrioso y diligente: lo mucho, si se beneficia mal, da menos que lo poco cuando está bien cultivado. Tambien lo mucho aprende á manejarlo, á subdividirlo y aprobe-

charlo el que madruga, el que estudia, el que trabaja.

El cultivo de un campo de trigo, de centeno, de cebada, ó de avena, debe ser el mismo que el de una huerta donde se siembran, se cuidan y se alternan las legumbres, los pastos y los granos. Esas huertas de Valencia y Murcia, esos hermosos pedazos de regadio que consuelan la vista, y ensanchan el corazon en diferentes puntos de España, llevan cultivos que podemos enseñar con orgullo á los extranjeros, y que debieran servir de estímulo y de modelo á todos nuestros hacendados y labradores. ¡Que falta el agua en los demas puntos, que se secan las plantas, que son inseguras las cosechas! Ciertó; pero á eso es á lo que ha de buscarse el remedio. Mucho de arbolado, mucho de sembrar plantas de abono, mucho de ir ganando terreno sobre la esterilidad presente, mucho de trabajo y de constancia: y no querer hacerlo todo de una vez, que las mejoras siempre son progresivas y paulatinas.

En una palabra, lo estéril de hoy ha de irse convirtiendo en productivo para mañana, y esas tierras de secano tan áridas y despreciables, han de adquirir humedad con la multiplicacion de árboles, sustancia con las plantas reparadoras, fertilidad con el buen cultivo: han de irse aproximando en cuanto posible sea á la huerta que tiene el agua á su disposicion. Y tambien hay plantas útiles que aguantan la sequia: nosotros las iremos dando á conocer. El agricultor ha de mirar muy lejos, ha de pensar no solamente en sí, sino tambien en sus hijos y descendientes: elevando sus miras es como únicamente conocerá los secretos de la agricultura, y fomentándose á sí mismo dejará en buen camino á los que le sucedan, con el placer y la satisfaccion de haber con-

tribuido mas que otros á acrecentar la prosperidad, el crédito, y el poder del pais.

S. I.

ARSENIO A FABIO

HEROIDA.

Del mundo y de los hombres olvidado
 Tu fiel amigo, tu feliz Arsenio
 A ti, querido Fabio, se dirige
 Seguro siempre de tu puro afecto.
 En estas asperezas donde vivo,
 Como el antiguo habitador del yermo,
 El horrible clarín muerte y ruina
 Anunciando fatal sonó guerrero;
 Cuando las poblaciones y llanuras
 Vencedor dominando el Agareno,
 El español su libertad y culto
 Conservó entre los montes encubierto.
 Mis gemidos ardientes y plegarias
 Hoy tan solo interumpen el sosiego
 De la muda mansión, que al desengaño
 Ofrece favorable acogimiento.
 Renunciando á las pompas mundanales,
 Visto de penitencia el trage austero,
 Y del cilicio sufre la aspereza
 A pesar suyo mi rebelde cuerpo.
 El signo venerando, que á los hombres
 La redencion recuerda, es mi consuelo,
 Los duros ejercicios mi delicia
 Y mi gloria el humilde abatimiento.
 Todos los dias mi afanosa diestra
 Abre la huesa fria, en cuyo seno
 Esperarán heladas mis cenizas
 De la final trompeta el llamamiento.
 Todo á loar á Dios aqui me mueve:
 El astro de la luz con sus reflejos,
 Y la noche sombría y tenebrosa
 Con su sagrado horror y alto silencio.
 Mil cánticos escitan en mi labio
 El trino de las aves lisonjero,
 El horrible bramido de las fieras,

Y el zumbido sutil de alado insecto.
 El abeto gigante, el arbolillo;
 El junco y el arbusto mas pigmeo,
 La matizada flor, la verde grama
 Elevan al Señor mis pensamientos.
 El rio de corriente impetuosa,
 Con su plácido curso el arroyuelo
 De nuestra frágil presurosa vida
 Presentan á mis ojos un remedo.
 En la leve arenilla, que conmueve
 El aura imperceptible con su aliento,
 No menos que en las altas cordilleras
 Del Criador la omnipotencia veo.
 La deliciosa y apacible calma,
 La tempestad, el huracan violento,
 El bronco trueno y tremebando rayo
 A la meditacion mueven mi pecho.
 A Dios las diversiones y las risas,
 A Dios los engañosos pasatiempos,
 Y vanas alegrías, que falaces
 El fruto del dolor me produgeron.
 No puedo dignamente, Fabio mio,
 Hacerte la pintura del suceso,
 Que á dejar obligóme para siempre
 Del mundo seductor los devaneos.
 Al tiempo que la noche pavorosa
 Ejerce de sus sombras el imperio,
 Por solitaria selva caminando,
 Llegué en fin á perder todo sendero.
 La luna plateada no lucia:
 Las estrellas velaban sus reflejos,
 Ni por todo aquel largo despoblado
 De choza pastoril brillaba el fuego.
 Anméntase el horror, al apiñarse
 Enormes grupos de nublados densos,
 Como fúnebre paño de tristeza,
 Que cubre un ataúd, quedando el Cielo.
 En pos de lengua aterradora calma,
 Reluchan roncós los airados vientos,
 Y de llamas un mar semeja el éther,
 Cruzándose relámpagos diversos.
 Irritado el Señor sobre las nubes,
 Con su diestra recibe justiciero
 Los encendidos rayos, que temblando
 Cien ángeles y cien le están sirviendo.
 Lánzalos con furor: al estallido
 Parece desquiciarse el firmamento,
 Y heridas de su llama abrasadora
 Se ven las cumbres de repente ardiendo.
 Despavoridas, en tropel confuso

Dejan las fieras el oculto centro
 De sus cavernas cóncavas, y aullando
 Corren por todas partes con pie incierto.
 Mi corazón palpita de congoja:
 Mis plantas titubean con el miedo,
 Y la sobresaltada fantasía
 A la muerte descubre en cada objeto.
 De asombro y ansiedad sobrecogido,
 Agobiado de tristes pensamientos,
 Ni bien oso alargar el tardo paso,
 Ni entre peligros tantos estar quedo.
 Entre dudas y angustias indeciso;
 Sin fuerzas, ni valor ya desfallezco,
 Cuando pálida antorcha moribunda
 A mi vista se ofrece allá á lo lejos.
 No tan activo al vislumbrar el faro,
 Sus afanes redobla el marinero,
 Como yo hacia la luz de mi esperanza
 No sin mortal zozobra mis pies muevo.
 Receloso, bañado en sudor frío,
 Llego por fin al brillo macilento,
 Y en derredor mirando, los escombros
 Descubro de vetusto cementerio.
 Su amortiguada lámpara presenta
 A mis ojos deformes esqueletos
 En mil y mil sepulcros derruidos,
 Que la mano profana abrió del tiempo.
 Esperando del alba deseada
 El dulce albor á mi pesar me siento
 De cien generaciones fenecidas
 Sobre los frios hacinados restos.
 Y al punto me parece, que la tierra
 Se abre abortando colosal espectro
 De espantadora faz, hundidos ojos
 Piel arrugada y descarnados huesos.
 Su amenazante ensangrentada diestra
 En torno blande matador acero,
 Con orgulloso pie tiaras hollando,
 Bastones, lauros y quebrados cetros.
 Altaíera señala hacia las tumbas,
 Y con el hondo y sepulcral acento,
 Que la sublime eternidad inspira,
 Así me dice el misterioso Genio:
 » Mira, ciego mortal, esas figuras,
 » Mira, ciego mortal, esos espejos,
 » Donde sin halagüeñas ilusiones
 » Hallaras tu retrato verdadero.
 » El poder, la opulencia, la hermosura,
 » Los honores, las glorias, el ingenio,
 » Todo yace en el polvo, todo es::: nada

» En esos olvidados monumentos.
 » La grandeza y blasones de la tierra
 » Son aquí de una sombra el falaz sueño,
 » El fulgor de meteoro inflamado,
 » De lisonjera voz los vanos ecos.
 » Miserable mortal, que la esperanza
 » En un brillo cifraste pasajero,
 » La virtud solamente es astro hermoso,
 » Que nunca extinguirá su lucimiento.
 » Todo sucumbe á la guadaña mía:
 » El justo solo triunfa, pues muriendo
 » La fugitiva luz de su existencia
 » Nuevo esplendor adquiere sempiterno.
 » Así el gigante luminar del mundo
 » Parece de los mares en el centro
 » Sus rayos apagar, y los ostenta
 » Con toda brillantez á otro hemisferio.»
 Así dice la muerte y desaparece
 De la presencia mía: yo despierto
 De profundo letargo, embebecido
 En oír todavía sus consejos.
 Ya el Angel, que gobierna el sol radiante,
 Sonreía en el puro firmamento,
 Y serenado el éther, la bonanza
 Con himnos aplaudía el universo.
 Levántome del polvo, y sin demora
 Desde allí me dirijo á los desiertos,
 Donde consagro el resto de mis días
 A la santa virtud, hija del Cielo.

Gaspar Serrano.

**Sobre la comenzada carretera de
 Logroño á Madrid pasando por
 Soria.**

Los caminos, canales y demas medios de comunicacion son, como las venas en el cuerpo humano, los conductos por donde circula la sangre de las naciones. Tendrá pues una nacion tanta mas vida y robustez, quanto mas expeditos y desembarazados estén estos vehiculos de pública riqueza. Las dificultades naturales del terreno, la falta de rios caudalosos aptos para la navegacion, la desgracia de los que mas

á propósito para este objeto, por internarse mas en el corazón de nuestro suelo, desembocan en reino sujeto á extraño dominio, la incuria de nuestros mayores; la natural pereza de nuestro carácter; el mal arreglo de la administración, la pésima división territorial, la falta de una prudente protección del Gobierno, todas estas razones, tan repetidas por los muchos que de esta materia han tratado, han sido y son causas de que nos falte todavía que andar tanto camino para ponernos en este punto al igual con otros pueblos de Europa.

Hubo empero una época que todo buen español debe recordar con agradecimiento, y fué la que trascurrió de 1780 al 90, en que habiendo caído las riendas del Gobierno en manos de hombres bien intencionados y entendidos, procuróse dirigir todos los espíritus hácia el bien comun, protegiendo y fomentando todo género de establecimientos encaminados á la pública prosperidad. En todas las cabezas bulleron entonces ideas de mejora de proyectos útiles, de caminos, de fabricas, y entonces comenzaron las sociedades económicas. Los bienes que la nación les debe son incalculables, no siendo la que menos acreedora se hizo á la gratitud nacional, la sociedad riojana fundada en 1788, en cuyo año aprobó Carlos III sus estatutos, que con pocas variaciones sancionó en 1729 su hijo y sucesor Carlos IV. A ella debe esta provincia el ser, la que mejor se halla quizá de comunicaciones de todas las del interior, y una de las que mas leguas tienen de carretera, á proporción de las leguas cuadradas que forman su territorio; y eso, que en aquella época, divididos y desmembrados sus pueblos entre diversas provincias, carecía de

la union y medios necesarios para promover sus intereses.

El régimen constitucional elevó á la Rioja á la categoría de provincia como lo reclamaba su población; su riqueza y los altos valladares de que la ciñó la naturaleza para que la sirvieran de límites indestructibles; y creada la diputación provincial quedaron en este cuerpo refundidas las atribuciones de la sociedad como sucedió en el resto del reino. Mas las diputaciones provinciales establecidas en época calumitosa é investidas con una porción de atribuciones administrativas y políticas, que engolfándolas en el tormentoso pielago de las cuestiones de gobierno, les hacian perder de vista su objeto primordial, no correspondieron por lo comun, á las esperanzas que de su establecimiento se concivieron. La de Rioja empero, excepcion en este punto de la regla general, queriendo imitar los laudables ejemplos de su predecerosa la Sociedad, y recibiendo de esta acabado el camino que atraviesa de largo á largo la provincia, proyectó, apenas terminada la guerra civil, otro camino que yendo desde la capital á los pueblos de la sierra de Cameros, que uniendo allí con el que debian construir las provincias de Soria y Guadalajara pusiese en contacto mas inmediato á la capital de Logroño con la de la Monarquía.

Grandes contradicciones sufrió entonces el proyecto. Los partidos de Haro, de Najera y algunos otros quejáronse de que los fondos concedidos sobre el vino para construir carreteras que facultasen su extracción, se empleasen en construir una para provincias que nada extraen, abandonando otras que en su concepto serian de mas provecho. Los menos acalorados en su contra, ha-

llaban injusto que un camino, que partiendo del centro á la circunferencia, es decir, desde Madrid al vecino reino de Francia, (pues debía incorporarse despues con el de Navarra que entra en Francia por Roncesvalles) fuese construido á espensas de la provincia, siendo por la ley considerado como nacional. Sin embargo, tenia entonces el Gobierno tal empeño en que se hiciese, y manifestó la ciudad de Logroño un interés tan fuerte, que se mandó comenzar al punto, y hallándose el Gobierno sin fondos para los gastos, se hicieron extraer de la provincia, aunque segun luego se declaró, nada mas que por via de adelanto. Empezóse pues y construyéronse algunas leguas, sin economizar dispendio para mayor solidez y hermosura; mas habiendo nuestras vicisitudes políticas derribado el orden de cosas que entonces regia, interrumpiéronse las obras y quedó lo ya construido desmoronándose y perdiendo en el mas completo abandono. ¡Triste fatalidad de esta nación que los trastornos políticos alcancen tambien á las obras de utilidad permanente, que nada tienen que ver con la velocidad de las teorías!

La oposicion que hizo parte de la provincia á la obra, fué mas bien por el modo de hacer el pago que por la obra misma: nadie desconocía sus ventajas. Pues bien; si alguna logra la provincia mucho mayores son las que reportará el Gobierno de la prosecucion de las obras. Pues si es verdad que los logroñeses creen que el ser este camino 48 leguas mas corto que el de Búrgos, poniendo á su ciudad á toda esta menor distancia de la capital, puede avivar algun tanto su tráfico; si es cierto que logra la ventaja de tener comunicaciones espeditas hácia los pueblos de la serraña, que de ella dependen, ponién-

dose asi con mutua utilidad y conveniencia la capital de la provincia en contacto mas inmediato con sus pueblos; el Gobierno en cambio conseguirá dar vida y movimiento á las provincias de Soria y Guadalajara, tan pobres y atrasadas y aumentará el de las provincias de Rioja y Navarra, poniéndose ademas en comunicacion con las cuatro capitales Guadalajara, Soria, Logroño y Pamplona.

Esta última ventaja es tan considerable, que ella sola debe bastar para persuadir al Gobierno el que emprenda la conclusion de la carretera, y aun bastaria para proyectarla y empezarla, si hasta ahora no se hubiese pensado en ello. Si se quiere centralizar el poder, si se quiere que la capital del reino tenga una gran influencia sobre las Provincias, si se quiere, en fin, que la máquina del Estado marche acompasada, y no tenga interrupcion en sus movimientos, es necesario acercar las Provincias á la capital del reino, es necesario destruir todos los obstáculos y tropiezos que se oponen á que la voz del Gobierno llegue pronto á todos los ángulos de la Peninsula, y que su brazo pueda con la misma rapidez estenderse hasta sus remotos confines, y para ello no hay otro medio que unir todas las capitales de provincia con la del reino por medio de carreteras. La de que hablamos une á Madrid con cuatro capitales, esto bastaria para su apologia.

(Continuará.)

